

para preparar un lugar para nosotros, y en donde estaremos con él (Jn. 14:2, 3; Fil. 1:23); la diestra de la majestad de Dios (He. 1:3).

(e) **Sentado a la diestra de Dios.** «Fue recibido arriba en el cielo y se sentó a la diestra de Dios» (Mr. 16:19). La diestra de Dios no es un lugar determinado en un cielo espacial, sino el poder y majestad infinitos de Dios, llenándolo todo y gobernándolo todo (Éx. 15:6; Sal. 118:16; 139:7-10; Is. 48:13; Mt. 26:64). Sentarse a la diestra de Dios, en consecuencia, significa ocupar una posición de supremo poder y dominio. Dios «lo sentó a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero; y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de aquel que todo lo llena en todo» (Ef. 1:20-23; vea también 1 P. 3:22).

La naturaleza divina de Cristo siempre estuvo a la diestra de Dios, es decir, siempre ejerció dominio soberano sobre todas las cosas (Jn. 5:17-23). Esta majestad también fue comunicada a su naturaleza humana; mas durante su humillación Cristo se abstuvo de hacer completo uso de ella. Sin embargo, ahora, también esta naturaleza humana participa completamente en el ejercicio actual de esta autoridad y dominio soberanos (F.C., Decl. Sól., Art. VIII, *Libro de Concordia*, pág. 660.78).

Es de gran consuelo para nosotros los cristianos saber que él, que tiene todo poder en el cielo y en la tierra, es nuestro amado Salvador. Él, que es el Señor de todo, es también la Cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo espiritual. Sus cristianos están más cerca de él que cualquier otra cosa; de ahí que él usa su poder soberano sobre todas las cosas en interés y beneficio de sus amigos. Así como José en Egipto usó su poder real en beneficio de sus hermanos (Gn. 46 y 47), así también Cristo gobierna el universo para el bienestar particular de sus creyentes. Así como la cabeza hace cualquier cosa para ayudar al bienestar del cuerpo, así también Cristo, Cabeza de la iglesia, con amor gobierna y con poder protege a su iglesia, y maneja los negocios

del mundo de manera que todas las cosas sean para el bien de sus cristianos (Ro. 8:28). El triunfante Salvador continúa ejecutando sus tres oficios de Profeta, Sacerdote y Rey. Como nuestro Profeta nos da maestros (Ef. 4:8-12); como nuestro Sumo Sacerdote intercede por nosotros (Ro. 8:34); como nuestro Rey gobierna el reino de poder en interés de su reino de gracia (Ef. 1:20-23).

(f) **Para el regreso de Cristo para el juicio**, lo cual pertenece también al estado de exaltación, comparar las páginas 357-360.

XXI. LA OBRA U OFICIO DE CRISTO

La obra de Cristo fue repetidamente tratada en la discusión sobre su persona teantrópica y sobre su vida en los estados de humillación y exaltación. Brevemente diremos que consiste en esto: «El Hijo del Hombre ha venido para salvar lo que se había perdido» (Mt. 18:11); «Cristo vino al mundo para salvar a los pecadores» (1 Ti. 1:15). Cualquier cosa que Cristo hizo y aún hace sirve este único propósito y es motivado por la misericordia y amor tierno de Dios para el hombre (Jn. 3:16; 1 Jn. 4:9, 10; Lc. 1:78). Así, la obra de Cristo es una unidad, teniendo como único propósito la salvación de la humanidad.

Sin embargo, la Escritura distingue tres fases distintas de esta obra. El mismo Cristo dice: «El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres» (Lc. 4:18); «El Hijo del Hombre vino . . . para dar su vida en rescate por muchos» (Mt. 20:28); «Tú dices que yo soy Rey» (Jn. 18:37). En base a tales y similares declaraciones, nosotros diferenciamos entre el Oficio Profético, el Oficio Sacerdotal y el Oficio de Rey de Cristo.

1. El Oficio Profético

(a) **¿Qué es un profeta?** Un profeta es alguien que habla por otro, como Aarón tuvo que hablar a Faraón por Moisés (Éx.

7:1). Un profeta de Dios es alguien que habla por Dios, dando a conocer e interpretando la palabra y voluntad de Dios al hombre. Un profeta, en consecuencia, es un representante y embajador de Dios ante el hombre (2 Co. 5:20).

Cristo es un profeta. Que el Mesías sería un profeta está revelado en el Antiguo Testamento. «Profeta . . . te levantará Jehová tu Dios» (Dt. 18:15). Que estas palabras se aplican a Jesús lo sabemos de Hechos 3:19-26). Cuando Dios, hablando de Jesús, nos ordena: «A él oíd» (Mt. 17:5), lo designa, así, como su Profeta que está para hablarnos por Dios. En Lucas 13:33 Cristo se refiere a sí mismo como un profeta y fue considerado por sus seguidores como «un profeta poderoso en obra y en palabra delante de Dios y de todo el pueblo» (Lc. 24:19; Lc. 4:18).

Cristo es el Profeta. Cristo no es un profeta del mismo tipo y rango que los otros profetas mencionados en la Escritura. Moisés dice a los judíos: «A él oiréis» (Dt. 18:15), colocando así al futuro profeta sobre sí mismo (cf. He. 3:1-6). En efecto, toda revelación de Dios al hombre nos viene por medio de Cristo. «A Dios nadie lo vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer» (Jn. 1:18). Es por esta razón que él es llamado «La Palabra» o «El Verbo» (Jn. 1:1). Así como las palabras revelan nuestros pensamientos ocultos, así también el Hijo de Dios es llamado la «Palabra» de Dios porque el declaró, hizo conocer al hombre, los pensamientos, la voluntad de Dios. Dios habita en una luz que es inaccesible al hombre (1 Ti. 6:16), y ningún hombre puede por sí mismo saber nada de Dios. Pero él que está en el seno del Padre y, por tanto tiene íntimo conocimiento de los más profundos pensamientos de Dios, lo ha declarado y revelado a los hombres. En este sentido Cristo es el único y solo Profeta, y no hay revelación del verdadero Dios, sino por él.

(b) Cristo realizó su oficio profético por medio de santos hombres de Dios. Pedro nos dice que los santos hombres de Dios hablaron siendo movidos por el Espíritu Santo (2 P. 1:21). El mismo apóstol nos informa que el Espíritu de Cristo estaba en

aquellos santos hombres (1 P. 1:11). Y Pablo nos dice que fue Cristo el que trató con los hijos de Israel en el desierto (1 Co. 10:4, 9). De ahí que, aun antes de su encarnación, fue Cristo, el Hijo de Dios, quien dio a conocer a Moisés y a los profetas la palabra y la voluntad de Dios, enviando su Espíritu a sus corazones. Lo mismo es cierto de los escritores del Nuevo Testamento, de quienes Pablo nos dice que ellos hablaban en la medida en que el Espíritu Santo les enseñaba (1 Co. 2:13). Pero aquí, también, fue Cristo, quien, según su promesa (Jn. 15:26), dio a los evangelistas y apóstoles el Espíritu de verdad que los guio a toda la verdad (Jn. 16:13, 14; Ga. 1:12). Así, toda revelación de Dios, como la tenemos en la Biblia, nos viene de Cristo por medio del Espíritu Santo, quien «habló por los profetas».

Cristo realizó su oficio profético directamente. En los días de su carne el Hijo de Dios no habló a la gente por medio de hombres inspirados, sino que les habló personal y directamente. «Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo» (He. 1:1, 2). Sin embargo, hay esta diferencia entre Cristo y los profetas: ellos hablaron por inspiración del Espíritu Santo, mas Cristo habló por conocimiento personal e inmediato. Jesús no recibió su conocimiento de las verdades divinas por revelación del Espíritu Santo, sino que su naturaleza divina la poseyó originalmente desde el principio, porque él estaba en el seno del Padre (1 Jn. 1:18). Y cuando la Palabra se hizo carne, él le comunicó este conocimiento a su naturaleza humana. De ahí que él podía decir: «Todas las cosas que sé de mi Padre os las he dado a conocer» (Jn. 15:15). «Lo que he oído de él esto hablo al mundo» (Jn. 8:26; vea también Jn. 3:11). Juan el Bautista dice de él: «El que viene del cielo es sobre todos. Y lo que vio y oyó, esto testifica» (Jn. 3:31, 32). Así como Cristo realizó milagros por su propio poder, así también habló de su propio conocimiento.

Cristo dejó a un lado lo que le era propio y nació en conocimiento y en favor con Dios. Como fue los profetas originalmente.

Cristo realiza su oficio profético por medio del ministerio de la palabra. Él dio a sus discípulos su palabra (Jn. 17:14), y les impuso la obligación de enseñar a todas las naciones las cosas que él les había mandado (Mt. 28:20). Mientras ellos hacen eso, el mismo Cristo, por su enseñanza y predicación, todavía da a conocer a los hombres la palabra y la voluntad de Dios «El que a nosotros oye, a mí me oye» (Lc. 10:16). Sin embargo, es el Salvador exaltado el que continúa dando a su iglesia hombres que enseñan y predicán su evangelio (Ef. 4:11, 12). Por tanto, Dios quiera que cuando estos hombres continúan fielmente en la palabra de Cristo, como deben, (Jn. 8:31), entonces es el mismo Cristo, quien por medio de ellos realiza hasta el día de hoy su oficio profético. Mas si alguno enseña error y falsa doctrina, entonces no es Cristo el que realiza su oficio profético por medio de él (1 Ti. 4:1).

(c) El contenido de la profecía. En un sentido más amplio la profecía de Cristo abarcó la revelación de toda la voluntad de Dios, ambos, la ley y el evangelio. En el Sermón del Monte Jesús no se convirtió en un nuevo legislador, sino meramente reafirmó y expuso lo que antes había revelado por medio de Moisés.

Sin embargo, la ley no es la parte más importante de la revelación de Dios a los hombres (Gá. 3:17-24). Las promesas del Mesías y su cumplimiento en Cristo, lo cual es el evangelio, es lo principal. De ahí que Cristo predicó el «evangelio del reino de Dios» (Mr. 1:14), y nos dice que él fue ungido para predicar el evangelio a los pobres (Lc. 4:18). Así toda la profecía de Cristo se centra en su persona y en su obra (Jn. 3:14-17). Él se reveló, y por medio de la predicación del evangelio se sigue revelando a los hombres como el Hijo de Dios y como el Redentor del mundo. En otras palabras, Cristo, en su oficio profético, da a conocer al mundo lo que obtuvo para todos los hombres en su oficio sacerdotal.

2. El Oficio Sacerdotal

(a) ¿Qué es un sacerdote? Un sacerdote es alguien que por medio de su intercesión y sacrificio pretende reconciliar al hombre con Dios, v.g., restaurar al hombre al favor de Dios. Él trata con Dios por y en lugar del hombre. «Todo sumo sacerdote tomado de entre los hombres es constituido a favor de los hombres en lo que a Dios se refiere, para que presente ofrendas y sacrificios por los pecados» (He. 5:1; vea también Lv. 16). Mientras el profeta trata con los hombres por Dios en lugar de Dios, el sacerdote trata con Dios por el hombre en lugar del hombre. El sacerdote representa al hombre ante Dios.

Cristo es nuestro Sumo Sacerdote. Que el Mesías sería un sacerdote fue predicho en el Antiguo Testamento (Sal. 110:14; Zac. 6:13) y prefigurado en el sacerdocio levítico de Israel. En el Nuevo Testamento la Carta a los Hebreos, capítulos 5-10, nos enseña que Cristo es el solo y único Sumo Sacerdote que realmente reconcilia al mundo con Dios.

«Porque tal sumo sacerdote nos convenía: santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos; que no tiene necesidad cada día, como aquellos sumos sacerdotes, de ofrecer primero sacrificios por sus propios pecados, y luego por los del pueblo; porque esto lo hizo una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo. Porque la ley constituye sumos sacerdotes a débiles hombres; pero la palabra del juramento, posterior a la ley, al Hijo, hecho perfecto para siempre» (He. 7:26-28). Este texto claramente señala la diferencia entre Cristo y los otros sacerdotes. Ellos fueron hombres con pecados y debilidades; Cristo es el Hijo de Dios, santo y perfecto y más alto que los cielos. Ellos tenían que ofrecer sacrificios primero por sus propios pecados; Cristo no tenía pecados propios por los cuales ofrecer sacrificios. Ellos ofrecían animales; Cristo se ofreció a sí mismo y así él fue las dos cosas, el Sacerdote y el Sacrificio. La repetición necesaria de sus sacrificios les probó que no eran efectivos (He. 10:1, 2); por un solo sacrificio Cristo efectuó una redención eterna (He. 9:12; 10:14).

(b) Significado de los sacrificios del Antiguo Testamento. Así como «la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados» (He. 10:4), así, también, los sacrificios del Antiguo Testamento no podían ofrecer reparación por el pecado. Aun así, ellos no fueron de ninguna manera inútiles y sin ningún beneficio para el pueblo. Fueron sombras de las buenas cosas que vendrían, y tenían valor y poder puesto que prefiguraban el sacrificio de Cristo en el Calvario. Así como un certificado de oro es asegurado por el oro en el tesoro del gobierno, así también estos sacrificios fueron respaldados por el propio sacrificio de Dios en la cruz y fueron medios por los cuales los méritos de este sacrificio fueron ofrecidos a los fieles. Por sus propios méritos estos sacrificios no expiaron el pecado (Mi. 6:6, 7; He. 10:4), pero siendo sombras simbólicas de Cristo, ellos ofrecían el perdón adquirido por su sacrificio. Así, en apariencia ellos fueron sacrificios, pero en sus efectos fueron sacramentos o medios de gracia.

3. La obra de nuestro Sumo Sacerdote

(a) El rescate. Para reconciliar al hombre pecador con Dios, nuestro Sumo Sacerdote tenía que dar un rescate que fuera suficiente y aceptable a Dios. Tal rescate no fue plata ni oro (1 P. 1:18). La redención de un alma es tan preciosa, cuesta tanto, que todos los tesoros de este mundo no son de ningún valor para conseguir la redención. Aquí el hombre rico no tiene ninguna ventaja sobre su vecino pobre; sus millones no le ganarán el favor de Dios ni le comprarán un lugar en el cielo (Sal. 49:6-8). Ni puede la sangre de los toros y machos cabríos limpiarnos del pecado (He. 10:4). Ni siquiera un sacrificio humano es suficiente-mente precioso. «¿Daré mi primogénito por mi rebelión, el fruto de mis entrañas por el pecado de mi alma?» (Mi. 6:7). Dolor profundo de corazón y lágrimas de penitencia no borrarán nuestras transgresiones, ni muchas buenas obras darán cumplida satisfacción por un solo pecado que hubiéremos cometido.

Sólo Dios puede reconciliar al mundo consigo mismo. Los pecados que hemos cometido nos pueden parecer pequeños, pero siendo cometidos contra Dios (Sal. 51:4), su culpa debe ser medida por la grandeza de aquel contra quien es cometido. De igual manera, el valor del sacrificio por el pecado debe medirse por la grandeza de aquel a quien se pretende apaciguar y conciliar con ello. Ningún animal, ningún hombre, sino solamente Dios puede expiar y extinguir nuestra culpa por el pecado y reconciliarnos con Dios. Si Cristo no hubiera sido verdadero Dios, su vida y su muerte no hubieran sido rescate suficiente por nuestras almas. Mas «Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo» (2 Co. 5:19). El valor del rescate de Cristo no está, en consecuencia, determinado por la duración y la intensidad de su sufrimiento, sino por el hecho de ser verdadero Dios. Lutero dice: «Esto hemos de saberlo los cristianos: Cuando Dios no está en la balanza para hacer peso, nos hundimos con nuestro platillo. Con esto quiero decir lo siguiente: Si no es verdad la afirmación de que Dios murió por nosotros, sino sólo un hombre, estamos perdidos» (F.C., Decl. Sól., Art. VIII, *Libro de Concordia*, págs. 651 y 652.44).

El hecho de que Dios estaba en Cristo da valor infinito a todo lo que nuestro Salvador hizo y sufrió, y es, al mismo tiempo, la garantía absoluta de que su sacrificio es suficiente y aceptable a Dios; porque Dios ciertamente no habría ofrecido una satisfacción por nuestros pecados de la cual él mismo no estuviera satisfecho.

(b) Satisfacción. Para reconciliar al hombre con Dios, nuestro Sumo Sacerdote tenía que hacer dos cosas: satisfacer las demandas de la santidad de Dios con su obediencia activa y también satisfacer las demandas de la justicia de Dios con su obediencia pasiva.

La obediencia activa de Cristo. Dios es santo. Dios hizo al hombre santo, y demanda que el hombre sea y permanezca santo (Lv. 19:2; Mt. 5:48). Para cumplir esta demanda de Dios era necesario que el hombre guardara la ley perfectamente, lo cual no hizo ni podía hacer (Ec. 7:20). Sin un perfecto cumplimiento

de la ley la reconciliación con Dios es imposible. Para satisfacer estas demandas de la ley de Dios y hacer buenas nuestras culpas y defectos, el hijo de Dios se hizo hombre, se convirtió en nuestro sustituto, fue nacido bajo la ley, de manera que pudiera guardarla y cumplirla en nuestro lugar (Ga. 4:4, 5; Mt. 5:17; 3:15). Él hizo esto porque él es «el fin de la ley» (Ro. 10:4). Durante su vida entera Jesús guardó la ley completa y perfectamente, no para sí mismo, sino por nosotros «que estábamos bajo la ley». Esta vida santa, en la cual por su obediencia activa él satisfizo la demanda de la santidad de Dios con respecto a nuestras obligaciones bajo la ley, es una parte del rescate y sacrificio de Cristo para nuestra reconciliación con Dios.

La obediencia pasiva de Cristo. Dios es justo. Él no puede tolerar el pecado (Sal. 5:4, 5). Ningún pecado es perdonado, a menos que se haya ofrecido satisfacción por él, y sólo se ha dado completa satisfacción cuando se ha sufrido la pena. *Sin una completa satisfacción por el pecado la reconciliación con Dios es imposible.* Ya que el hombre no puede hacer esto, Cristo nuevamente toma el lugar del hombre. «Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros (Is. 53:6), y puso nuestros pecados sobre él (Is. 53:5). Cristo llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero (1 P. 2:24) y así fue hecho maldición por nosotros (Gá. 3:13). En el sufrimiento de Cristo, Dios «manifestó su justicia» (Ro. 3:25), la cual demanda que los pecados del mundo deben ser expiados para que sean perdonados. Ya que por su santa, preciosa sangre y por su inocente sufrimiento y muerte (1 P. 1:18, 19), Cristo dio satisfacción completa por los pecados de los hombres, como está probado por su resurrección de los muertos, Dios ya no los imputa a nosotros (2 Co. 5:19), sino que los ha perdonado. Así, por su sufrimiento y muerte vicarios Cristo satisfizo las demandas de la justicia de Dios con respecto al castigo que el hombre debería haber sufrido por sus pecados. La obediencia pasiva es la otra parte del rescate que Cristo pagó por la redención de nuestras almas.

(c) **Redención universal.** Cuando Pablo escribe: «Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella» (Ef. 5:25) él no

quiere decir que la redención estaba limitada a la iglesia, a los creyentes, a los electos. Porque si bien es cierto que estos son los únicos que realmente reciben los beneficios de su redención, la Biblia es muy explícita al declarar que Cristo redimió a toda la humanidad. Él es el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo (Jn. 1:29); Él es la propiciación por los pecados del mundo entero (1 Jn. 2:2; 1 Ti. 2:6); él reconcilió al mundo con Dios (2 Co. 5:19); aun aquellos que están definitivamente condenados en el infierno fueron comprados por él (2 P. 2:1). No hay ningún ser humano que haya sido pasado por alto, pues Cristo gustó la muerte por cada hombre (He. 2:9). Mientras que no hay redención para los ángeles caídos, existe una redención perfecta para todos los hombres, aun para los más viles de ellos. «Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero» (1 Ti. 1:15). Todas las naciones y razas pueden agruparse bajo la cruz de Cristo, y hallar redención ahí.

(d) **El fruto de la redención.** En la explicación de Lutero del Segundo Artículo del Credo nosotros confesamos que Cristo nos ha redimido del pecado, de la muerte y del poder del diablo.

Cristo nos redimió del pecado. Cristo no nos liberó del pecado en el sentido de que él cometió el acto pecaminoso por nosotros, porque el hecho de que nosotros pecamos no puede ser anulado. Debemos distinguir entre el acto de pecar y la culpa del pecado. Ya que nosotros realizamos el acto, la culpa realmente es nuestra (Ro. 3:19), mas la culpa fue puesta y cargada en Cristo, quien asumió toda la culpa y responsabilidad por nuestras transgresiones (Is. 53:4-6). El acto fue nuestro, la culpa llegó a ser suya. Así él, que no conoció pecado, fue hecho pecado por nosotros, y nosotros, que somos culpables, llegamos a ser justos en él (2 Co. 5:21). Aquellos que confían en los méritos de Cristo tienen, por lo tanto, una buena conciencia ante Dios, una conciencia libre de culpa (He. 9:14; 1 P. 3:21). Fe en Cristo es el único y seguro remedio para una conciencia culpable.

Ya que Cristo cargó con nuestra culpa, él tomó también sobre sí mismo nuestro castigo. Él fue hecho maldición por nosotros

(Gá. 3:13); él sufrió nuestro castigo (Is. 53:5), nuestra muerte (He. 2:9); (Cf. la narración de la Pasión de Cristo). Ya que el Señor ha puesto sobre sí mismo la iniquidad de todos nosotros, quiso Dios quebrantarlo, sujetándole a padecimiento (Is. 53:6, 10). En nuestro lugar él sufrió lo que nosotros merecimos. De ahí que nosotros estamos libres de la maldición y del castigo del pecado y podemos anticipar con alegría el encuentro con nuestro Dios sin ningún temor y temblor. «De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida» (Jn. 5:24). La fe en Cristo arroja del corazón todo temor de juicio y castigo.

Las consecuencias externas del pecado en efecto permanecen, tales como trabajo fatigoso, tribulación, enfermedad, sufrimiento, muerte temporal, etc. (Gn. 3:16-19; Hch. 14:22); sin embargo, éstos ya no son considerados como castigos por el pecado, sino como paternas reprensiones para nuestro bien (He. 12:6, 7). La cruz que cargamos tiene valor disciplinario y pedagógico (1 Co. 11:32; He. 12:11).

Por naturaleza el hombre es servidor y esclavo del pecado; no puede hacer más que pecar (Ro. 7:14); pero Cristo nos ha redimido del dominio y servidumbre del pecado, de la «vana conversación», de la inútil manera de vivir, de una vida controlada por el pecado (1 P. 1:18, 19). Cristo «se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras» (Tit. 2:14). Pablo no enseña aquí que Cristo nos redimió de la culpa de nuestra iniquidad ante Dios, sino del poder y control del pecado en nuestras vidas personales. Los que creen en Cristo son por esta fe santificados de manera que nunca dejan ni dejarán que el pecado reine en sus cuerpos mortales para obedecer sus deseos. El pecado no tendrá dominio sobre aquellos que por fe se mantienen en la gracia de Dios (Ro. 6:12-14; 2 Co. 5:15). Ciertamente, los cristianos, también, tienen aún su viejo Adán, el cual codicia contra el Espíritu (Gá. 5:17; Ro. 7:14-21), pero aunque ellos pecan

diariamente, la fe en Cristo los habilita para resistir el pecado, de manera que éste no tenga dominio sobre ellos.

Cristo nos redimió de la muerte. Muerte es separación. La muerte espiritual es la separación del corazón humano del alma de Dios; «su corazón se aparta de Jehová» (Jer. 17:5). La muerte temporal es la separación del alma y del cuerpo; «Jesús . . . entregó el espíritu» (Mt. 27:50). La muerte eterna es la separación eterna del cuerpo y del alma de la bienaventurada presencia de Dios; «Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno» (Mt. 25:41). La muerte espiritual consiste en que el corazón del hombre se ha entregado al pecado (Ef. 2:1), y está sin un verdadero amor y temor de Dios y sin confianza en él. Si Cristo no nos hubiera redimido del pecado, nunca podríamos creer confiadamente en Dios para la remisión de nuestros pecados y no podríamos amarle y temerle verdaderamente. De ahí que tendríamos que permanecer en desesperación y muerte espiritual. Mas la redención en Cristo hace posible para nosotros creer en un Dios misericordioso, que perdona el pecado y así la vida espiritual es recobrada (Ef. 2:5, 6). Esta es la «primera resurrección», distinta de la «segunda», o sea, la resurrección corporal (Jn. 5:25, 28).

Aunque por la fe en Cristo hemos recuperado la vida espiritual, sin embargo, todavía estamos sujetos a la muerte temporal (Gn. 3:19; He. 9:27). Ya que el hombre no fue creado para morir, él experimenta un horror natural a la muerte. Pero Cristo «libró a todos los que por el temor a la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre» (He. 2:15). Para los cristianos la muerte temporal ya no es un castigo sino simplemente un cambio de existencia, y un cambio para mejorar; es el pasillo que nos conduce a las bellas mansiones de Dios en el cielo. «Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor» (Ap. 14:13). Sabiendo que el cielo está más allá, ellos no están aterrorizados ante el pensamiento de la muerte, porque la muerte ha perdido su aguijón y el sepulcro su victoria (1 Co. 15:55-57); ellos tienen más bien mucho «deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor» (Fil. 1:23). Esta

esperanza de salvación es la que nos ayuda a superar el temor natural de la muerte.

La muerte eterna no tiene poder sobre los cristianos, porque Cristo «quitó la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad» (2 Ti. 1:10). Los que creen en él no morirán eternamente (Jn. 11:26), mas tienen vida eterna (Jn. 3:16). Así Cristo nos redimió de la muerte eterna, el temor a la cual se tiende como un paño mortuorio sobre la vida de los hombres.

Cristo nos redimió del poder del diablo. El diablo ganó poder sobre el hombre por el pecado (Gn. 3). En consecuencia, quienquiera que comete pecado es del diablo (1 Jn. 3:8), el cual busca fijar su control sobre él, tentándolo y llevándolo a lo más profundo del pecado (1 Ts. 3:5). A causa de nuestra pecaminosidad estamos completamente desvalidos contra estas tentaciones. El diablo tiene también poder para acusarnos ante Dios (Ap. 12:10), y nosotros no podemos negar sus cargos.

«Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo» (1 Jn. 3:8). Él hizo esto cuando, como sustituto nuestro, resistió con éxito la tentación del diablo (Mt. 4:3-11), y cuando por su muerte vicaria pagó completamente la pena de nuestra culpa (Gn. 3:15; He. 2:14).

Aun cuando esta liberación del poder del diablo es obtenida para todos los hombres, solamente la gozan aquellos que creen personalmente en Jesucristo. Ellos están aptos, fundándose en la fe para resistir y vencer las tentaciones del diablo (1 P. 5:8, 9; Ef. 7:11; Stg. 4:7). Aunque a causa de la debilidad de su carne ellos todavía caen en pecado, el diablo no puede acusarlos ante Dios, porque Cristo es su Abogado (1 Jn. 2:1, 2), y nadie puede acusarlos (Ro. 8:33).

Fue por el pecado que el hombre trajo sobre sí mismo la culpa y el castigo; de ahí que quedó sujeto a la muerte espiritual, temporal y eterna; de ahí que se puso a sí mismo bajo el poder del diablo. Al redimirnos del pecado Cristo nos liberó de ese poder completamente.

(e) El oficio sacerdotal de Cristo en el estado de exaltación. El oficio sacerdotal de Cristo no cesó con su muerte vicaria en

la cruz, sino que es continuada en el cielo (He. 7:24, 25). Sin embargo, él ya no ofrece satisfacción por nuestros pecados (Ro. 6:9; He. 9:12, 13; 7:27), pero, basándose en su obra redentora, consumada en el estado de humillación, ahora intercede, habla, suplica por los hombres de manera que los méritos de su obra les sean aplicados para justicia y salvación (Ro. 8:34; He. 7:25). «Si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo» (1 Jn. 2:1, 2). Si caemos en pecado, el diablo, nuestro enemigo, tiene ciertamente un buen caso contra nosotros para acusarnos ante Dios (Ap. 12:10). Entonces cuando nuestro Abogado intercede por nosotros, y, apuntando a su propiciación por los pecados del mundo, pide misericordia y gracia. Mas Cristo no intercede por aquellos que, habiendo muerto en la incredulidad, están en el infierno. Para ellos él no es un Abogado, sino el Juez. Él intercede solamente por aquellos que todavía viven en este mundo.

Que Cristo intercede por los creyentes lo vemos en Romanos 8:33, 34, donde leemos: «¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; mas aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros». Cristo oró por sus discípulos y por todos aquellos que creerían en él por medio de la palabra de ellos (Jn. 17:20). Él intercede por los que por él se acercan a Dios (He. 7:25). ¡Qué consuelo para nosotros saber que a pesar de nuestros pecados y debilidades Cristo ruega por nosotros, amparándonos con los méritos de su redención, en la cual confiamos! Cristo toma un interés muy personal en cada uno de sus creyentes.

Cristo también ruega por el mundo, pero no para que pueda continuar en sus malos caminos (Jn. 17:9) sino para que el tiempo de gracia sea extendido (Lc. 13:6-9), y así los hombres puedan oír el evangelio y se conviertan (Ro. 2:4; 2 P. 3:9). Que el incrédulo, el árbol sin fruto, no sea cortado en sus pecados, sino que continúe viviendo y tenga la oportunidad de oír el

evangelio, se le debe a la intercesión del Salvador. La intercesión de Cristo por el mundo sostiene nuestro trabajo misionero.

Cristo es el único Abogado (1 Ti. 2:5). Los santos y la virgen María no están calificados para este trabajo, ya que ellos no son justos personalmente, ni han hecho nada que pudiera apoyar su reputada súplica en favor nuestro. Mas Cristo es justo, y él es la propiciación por los pecados del mundo. Él, por tanto, tiene el derecho de hablar por nosotros, y su intercesión es efectiva (Ro. 8:34).

4. El Oficio de Cristo como Rey

(a) **Cristo es un Rey.** Un rey es alguien que tiene poder y autoridad para gobernar un país. Que el Mesías sería un rey fue profetizado (2 S. 7:12), donde Dios prometió establecer el reino del Hijo de David. En Zacarías 9:9 el profeta exhorta a Jerusalén a alegrarse con la venida de su Rey. Cristo fue de la casa y linaje de David (Lc. 2:4), y cuando él nació, los sabios del Oriente averiguaron sobre el Rey de los judíos que había nacido (Mt. 2:2). Jerusalén lo saludó como su Rey (Lc. 19:38), y ante Pilatos Jesús testificó que él era verdaderamente un Rey (Jn. 18:37).

Cristo no es un rey terrenal. Jesús no fue la clase de rey que los judíos, o aun sus discípulos esperaban, un rey que iba a «restaurar otra vez el reino de Israel» (Hch. 1:6). Ya que ante Pilatos Jesús dijo: «Mi reino no es de este mundo . . . pero mi reino no es de aquí» (Jn. 18:36). Cristo no era un rey terrenal, rival de Herodes y de César; su reino no es como el de David y Salomón. Su reinado y su reino son mucho más grandes que el de cualquier potentado terrenal.

(b) **Se ha acostumbrado distinguir** entre el reino de poder, el reino de gracia y el reino de gloria.

El reino de poder no está limitado a una región geográfica sobre la tierra, sino que comprende el universo entero y se extiende a todas las criaturas, visibles e invisibles. Cristo dice: «Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra» (Mt. 28:18). Dios «sometió todas las cosas bajo sus pies» (Ef. 1:22;

1 Co. 15:25). Y no hay nada que no esté sometido a él (Hc. 2:8). Él sostiene todas las cosas por la palabra de su poder (He. 1:3). Él controla las fuerzas de la naturaleza y el destino de las naciones; sin su voluntad no caerá gorrion al suelo ni un pelo de nuestra cabeza. El bien y el mal están sujetos a él (Sal. 110:2; Fil. 2:9-11). Él es el Señor de señores, el Rey de reyes (Ap. 17:14). (Cf. *Divinia Providencia*, págs. 64-70.)

El reino de gracia no incluye todas las criaturas, ni siquiera todos los hombres, sino solamente aquellos que por medio de la predicación del evangelio del reino (Mr. 1:14-15) han nacido de nuevo (Jn. 3:3, 5). Solamente los verdaderos creyentes son ciudadanos en este reino (Ef. 2:19). El mismo Cristo describe este reino como uno que es establecido no con guerras y derramamiento de sangre, sino por los testigos de la verdad, y el cual está gobernado no por leyes y ordenanzas hechas por los hombres, sino solamente por su palabra (Jn. 18:37). Este reino ha probado ser más fuerte que los reinos de este mundo. El poderoso Imperio Romano, al cual Pilato representaba, ha pasado; sin embargo, el reino del Crucificado ha continuado y ha florecido a pesar de sangrientas persecuciones, frívolas burlas, destructivas herejías, y la falsamente llamada ciencia, y continuará hasta el fin (Sal. 2:1-9; 46:4, 5; Mt. 16:18).

Es llamado el reino de gracia porque la promesa y oferta de la gracia divina es lo que gana personas para este reino; es la aceptación de esta gracia, por medio de la fe, lo que los hace ciudadanos de este reino; es la apreciación de esta gracia lo que los hace rendir obediencia voluntaria a su Rey. Este reino no es, por tanto, una organización externa, como una congregación, una denominación, o la iglesia visible en la tierra, sino « . . . el reino de Dios está entre vosotros» (Lc. 17:20, 21); es el gobierno de Cristo en los corazones de los creyentes. Para el individuo el reino de Dios consiste en su relación personal con Cristo, establecida por la fe, por la cual él confía en la gracia de su Salvador y rinde servicio gozoso a su Señor. El reino, entonces, viene a nosotros «cuando el Padre celestial nos da su Espíritu Santo, para que, por su gracia, creamos su santa palabra

y llevemos una vida de piedad» (Explicación de Lutero de la segunda petición del Padrenuestro). Mas ya que hay muchos más que creen en Cristo y le sirven, el reino de gracia incluye a todos aquellos que Cristo reúne por la predicación del evangelio, que lo reconocen como su Rey y son gobernados por su Espíritu. (Cf. La iglesia, págs. 290-293.)

El reino de gloria no está en la tierra, sino en el cielo, donde Cristo mismo tendrá toda la gloria (Lc. 24:26; 2 Ti. 4:18; Jn. 17:24), y donde aquellos que han sido fieles hasta la muerte, de la misma manera serán coronados con honor y gloria (Fil 3:21; Ro. 8:18). Las almas de los creyentes entran en este reino de gloria en la hora de la muerte (Lc. 23:43); después de la resurrección sus cuerpos también heredarán el reino preparado para ellos (Mt. 25:34). (Cf. La Salvación Eterna, págs. 376 y sigtes.).

(c) **Distintos pero no separados.** Mientras nosotros correctamente distinguimos entre tres reinos, sin embargo, no debemos separar el uno del otro como si no tuvieran nada en común. En realidad existe una estrecha relación entre ellos. El Rey que gobierna estos tres reinos es uno, y su gobierno tiene un propósito principal.

Cristo gobierna el reino de poder en beneficio de su reino de gracia. De Efesios 1:20-23 aprendemos que Cristo, que tiene mando supremo sobre todas las cosas (reino de poder), es la Cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo (reino de gracia). Esto significa que Cristo ejerce su señorío y poder sobre todas las cosas en interés de aquellas personas que constituyen su cuerpo espiritual. Así como José usó su alta posición en Egipto para beneficiar a sus hermanos, dándoles la mejor tierra (Gn. 47:11), así también Cristo usa su poder y dominio omnipotentes sobre todas las cosas para el beneficio particular de sus hermanos en la carne. Así el mundo continúa existiendo y es gobernado por Cristo con el fin de poder reunir y edificar su iglesia, trayendo los hombres a la fe y preservándolos en ella. Ya que él tiene todo el poder en el cielo y en la tierra, él envía a sus cristianos a predicar el evangelio a todos los hombres (Mt. 28:18, 19), y

así protege a su iglesia para que las fuerzas del mal no prevalezcan contra ella (Mt. 16:18). Sabiendo que nuestro Amigo y Salvador es el Rey Soberano de todas las cosas, podemos descansar seguros que «a los que aman a Dios, todas las cosas los ayudan a bien» (Ro. 8:28). La salvación de los pecadores no es algo incidental en el gobierno del mundo, sino el asunto principal. El mundo no continúa para ningún otro propósito que éste: que los pecadores se arrepientan (2 P. 3:9).

El reino de gracia sirve al reino de gloria. El propósito de Cristo al edificar su iglesia en este mundo no es simplemente establecer una organización eclesiástica que sirva a intereses temporales. Es cierto que los cristianos son la sal de la tierra (Mt. 5:13), y que por su buena influencia contrarrestan la corrupción moral de los hombres. Sin embargo, el propósito principal del reino de gracia es ganar y preparar personas para el reino de los cielos. Esperamos en Cristo no solamente en esta vida (1 Co. 15:19), sino que hemos renacido para una esperanza viva, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para nosotros que somos guardados por el poder de Dios para salvación (1 P. 1:3-5).

Ni el mundo ni la iglesia existen para sus propios propósitos, sino sólo para que los pecadores se conviertan y sean ganados para el reino de gloria. Para que esto pueda ser logrado, el gobierno del mundo y de la iglesia está puesto en las manos de él, quien vino para salvar a los pecadores.

5. El Propósito de la Obra de Cristo

El propósito de la obra de Cristo en su triple oficio es la salvación de los pecadores. En su oficio sacerdotal él logró para todos los hombres el perdón de los pecados, vida y salvación. En su oficio profético él hace conocer este hecho a los hombres y gratuitamente ofrece a todos las bendiciones de su redención y así los atrae a él. En su oficio de Rey él gobierna de tal manera las cosas que por medio del ministerio de la iglesia los hombres alcanzan la gloria preparada para ellos.